

## Adefonsus, imperator toletanus, magnificus triumphator

Oscuridad acerca de la toma  
de Toledo.

**L**A toma de Toledo es el hecho de la reconquista que tuvo más resonancia en el islam y en la cristiandad, y sin embargo no hay suceso más oscuro en su esencia y en su desarrollo. Las más inconciliables versiones han sido dadas por los historiadores: el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, en vista de documentos árabes, asegura haberse hecho la reconquista de la ciudad después de larga guerra emprendida en connivencia con los moros toledanos mismos, enemistados con su rey Alcádir; mientras el historiador holandés R. Dozy, aprovechando todos los autores musulmanes posibles, afirma, al revés, que la entrega de la ciudad fué pacífica, en connivencia con Alcádir. Unos testimonios antiguos dicen que el asedio de la fortísima ciudad duró cuatro años; otros, que seis; otros, que siete. Los cristianos dicen que Toledo fué tomada el 25 de mayo; los musulmanes que el 6 de ese mes. Por todas partes hallamos dificultades en conciliar unos con otros los relatos más antiguos.

A aumentar tanta complicación, a la vez que a dar nueva luz, ha venido ahora un relato más, hallado en unos capítulos de la *Dahira* de Ben Bassam, escrita hacia 1110. Este hallazgo se debe a nuestro correspondiente el Director del *Institut des Hautes Études Marocai-*

nes, de Rabat, el señor E. Lévi-Provençal, quien, fundado en esos capítulos, ha escrito una monografía (1) donde renueva completamente los episodios de la reconquista de Toledo, ofreciéndonos varios extrañamente diversos de los conocidos.

Yo debo al señor Lévi-Provençal, con el mayor agradecimiento, la comunicación del texto íntegro de Ben Bassam, por él utilizado. Ese texto, escrito en estilo excesivamente retórico, en prosa rimada a menudo muy oscura, ofrece varias dificultades de interpretación (2) y varias de acoplamiento con los otros relatos árabes o cristianos. Intentaré vencerlas. Y para ello compondré una nueva exposición de la conquista de Toledo, haciéndome cargo de todas las fuentes que creo útiles, a fin de que tengamos idea lo más clara posible de ese gran suceso del reinado de Alfonso VI. En esta nueva exposición corregiré imprecisiones de la que escribí en mi *España del Cid*; en ella justamente caí en faltas por no conocer el texto de Ben Bassam. Como mi reconstrucción es muy delicada, citaré para cada afirmación que haga el texto en que me apoya; quiero tener siempre al lector en disposición de comprobar fácilmente lo que digo, para que me discuta.

#### Esplendor de Toledo bajo Mamún.

El reino musulmán de Toledo, en el corto transcurso de diez años, pasó desde su mayor grandeza a su total ruina.

Mamún (1043-1075) dió a su estado la mayor grandeza territorial entre todos los demás reinos de taifas; extendió su soberanía hasta Valencia (1065) y por último hasta Córdoba (1075). A la vez hizo de la fuerte ciudad del Tajo uno de los principales centros de cultura; en ella tenían acogida muchos sabios y artistas; los

(1) En *Hesperis*, XII, 1931, págs. 33-49.

(2) Agradezco el auxilio de la traducción a don Miguel Asín, a quien tanto tengo que agradecer siempre.

palacios y jardines de Mamún dieron mucho que hablar a los de entonces y que escribir a los autores árabes, por su lujo y sus maravillas, en que competían el arte más refinado con la técnica más docta; las fiestas y las orgías de este rey fueron por mucho tiempo proverbiales en España a causa de la magnificencia y la prodigalidad en ellas desplegadas.

En esta corte estuvo desterrado nueve meses (enero-octubre de 1072) Alfonso VI cuando fué destronado por Sancho II de Castilla. El expatriado fué acogido por Mamún en el Alcázar que daba al puente de Alcántara, por donde el cristiano, sin atravesar la ciudad mora, podía salir a espaciarse en la suntuosa Huerta del Rey, que se extendía al otro lado del río Tajo. En esa Huerta, según cantaban después los juglares castellanos, concibió el futuro emperador español el proyecto de recobrar para la cristiandad la antigua capital goda.

A los dos años y medio de haber abandonado Alfonso su destierro para gobernar los reinos de León y de Castilla, murió Mamún, con quien tantas obligaciones había contraído el rey cristiano. Murió envenenado en Córdoba, ciudad recién conquistada por él (28 junio 1075), y su cadáver fué llevado a hombros para darle sepultura en Toledo, junto a la mezquita mayor. Con Mamún se enterraba toda la gloria y el poder de esta gran capital del islam.

#### Comienzos de Alcádir. Asesinato de Ben Al-Hadidí.

En cuanto fué sabida en Toledo la muerte de Mamún, antes que llegase el ataúd que encerraba sus restos, se procedió a la proclamación del heredero. El hijo de Mamún, Ismael, había muerto aquel mismo año que su padre, así que fué proclamado el nieto, llamado Yahya, el cual tomó el título sultánico de Alcádir (1).

---

(1) Ben Aljatib, *Ilam*, ms. de la Academia de la Historia, árab. 37, fol. 220 r. Comp. *Primera Crónica General*, edic. Menéndez Pidal,

Este Alcádir era un muchacho apocado y corto de alcances. Criado en el regazo de las damas del harem, crecido entre mujeres, eunucos y esclavos, estuvo siempre dominado por ellas y por ellos (1).

Su abuelo Mamún había dividido las funciones del Estado entre dos ministros: la parte civil la entregó al alfaquí Ben Al-Hadidí, y la parte militar la entregó a Ben Alfaray. El alfaquí había tropezado con muchos enemigos, pero Mamún los había encarcelado a todos, creyendo así apaciguar su reino, y había recomendado a su nieto Alcádir que se entregase por completo a este Ben Al-Hadidí, a quien a su vez había exigido promesa de fidelidad. Pero el inepto Alcádir lo primero que hizo fué confiarse a los enemigos de su abuelo, o, lo que era lo mismo, de Ben Al-Hadidí; los mandó sacar de la prisión y llevarlos ocultamente a palacio, donde convocó a su ministro. Cuando Ben Al-Hadidí entró y sus ojos se clavaron en aquellos aparecidos que tanto le odiaban, comprendió que estaba perdido; corrió a asirse a la túnica del monarca buscando refugio, pero allí cayó apuñalado (26 agosto 1075) (2).

Este asesinato enlaza trágicamente el comienzo del reinado de Alcádir con su fin, pues los hijos del infeliz ministro, huídos a Valencia, acecharon allá la hora de la venganza, hasta que la lograron terrible.

#### Pérdidas territoriales.

La muerte de Ben Al-Hadidí fué acompañada de grandes tumultos, pillaje de las casas de varios notables, y muchos asesinatos; los toledanos se dividieron en dos bandos, que continuamente turbaban la paz, y de resultas el gobernador de Valencia, Ben Abdelaziz, se declaró independiente, de acuerdo precisamente con los mismos

págs. 515 a 20; 537 a 20 y 37. Yerra de Toledano, *De Rebus Hispaniae*, VI, 19 y 22, al decir que Alcádir era hijo segundo de Mamún.

(1) *Kiṭab al-iktifá*; en Dozy, *Loci de Abbadidis*, II, pág. 16.

(2) Ben Bassam. Ben Aljatib.

enemigos de Mamún que Alcádir había excarcelado y que no por eso dejaban de conspirar contra el nieto en rencoroso recuerdo de los agravios recibidos del abuelo (1).

El gran reino de Mamún comenzó así a desmoronarse. Alfonso VI apareció de repente en las fronteras toledanas, llenando de terror a Alcádir (2); Motámid de Sevilla, que deseaba desquitarse de los agravios de Mamún, atacó a Córdoba y la recobró (1076-1077) (3), apoderándose también del antiguo territorio toledano vecino del reino de Sevilla (4). También Moctádir Ben Hud, el rey de Zaragoza, hizo a Alcádir reclamaciones y guerra consiguiente, aliado con Sancho Ramírez de Aragón, y él le tomó a Santaver (5) y Molina, mientras San-

(1) Ben Aljatib, fol. 220 r. y v. Ben Bassam. El fragmento de *Historia de los Taifas* que publica Lévi-Provençal en su edición del tomo III de *Al-Bayan al Mughrib* dice que el gobernador de Valencia Abú Béker Ben Abdelaziz se hizo independiente en cuanto Mamún, en 1065, se volvió de Valencia a Toledo; pero la *Crónica General*, pág. 548 a 1, dice que Abú Béker tuvo siempre a Valencia "de mano del rey Al Memón". Lo mismo los autores árabes citados por Dozy, *Recherches*, II, pág. 116. Ben Alabar (en *Loci de Abbadidis*, tomo II, 1852, pág. 122) dice que Mamún residía en Valencia el año 467 (1074-75) antes de ir a posesionarse de Córdoba.

(2) Ben Bassam dice esto después de la muerte de Ben Al-Hadidí y antes de la fuga de Alcádir de Toledo.

(3) Año 469, dado por Ben Jaldún. Se conserva un dinar acuñado en Córdoba con el nombre de Motámid, ese año 469 (Prieto Vives, *Los Reyes de Taifas*, 1926, págs. 54 y 75). Por esto no apruebo la preferencia dada por Dozy, *Hist. des Musulm.*, IV, 162, al testimonio de Abd-el-Uahid, quien fija el día del mes y de la semana del año 471, correspondiente al martes 4 set. 1078.

(4) Ben Alcama en la *Primera Crónica General*, 547 b 33. El *Kitab al-iktifá* (*Loci de Abbad.*, II, pág. 16) dice que Motamid "se apoderó de Córdoba y de todos los distritos de ella, como Talavera y Gafic, y lo que hay entre ambos pueblos"; este Gafic era un pueblo de los Pedroches, en Córdoba (según los geógrafos árabes), y me parece demasiada conquista desde aquí hasta Talavera.

(5) El manuscrito del *Kitab* dice "Santa María", pero no hay población de este nombre en el reino de Toledo; hay que leer Santavería, hoy Santaver, al NO. de Toledo. Santaver era heredad de

cho Ramírez sitiaba a Cuenca y la apretaba tanto que ya los defensores estaban a punto de morir de sed, logrando sólo su salvación en pagar al sitiador una suma enorme para que se retirase.

Entonces Alcádir trabó amistad con Alfonso y le pidió socorro; pero mientras el auxilio llegase, pensó en hacer algo por su propia cuenta y, equipando a Baxir el Fata, le mandó contra el de Zaragoza y contra el de Aragón, los cuales, hartos de botín, se retiraron, evitando el choque con el ejército toledano (1).

Primeras campañas de Alfonso  
en Toledo. Lucha de partidos en la  
ciudad.

Alfonso VI en 1079 emprendió una campaña en tierra de Toledo que iba a ser seguida de otras continuas durante seis años (2). Sin duda iniciaba esta guerra accediendo a la petición de Alcádir y para someter a los rebeldes contra éste, y sin duda esta primera campaña del emperador supone, lo mismo que las que seguirán, no sólo el llamamiento de Alcádir y el interés personal del rey moro, sino, además, el apoyo de todo un partido, que veía en el tributo pagado al cristiano la mejor garantía de la paz y el orden en el reino musulmán. Llamaremos

---

los Beni-dsi-l-Nun, según Almarrecoxi, manuscrito del Escorial 1682, fol. 14 r.

(1) *Kitab al-iktifá (Locí de Abbad.*, II, págs. 16-17), que cuenta esto desordenadamente antes de la muerte de Ben Al-Hadidí, la cual hace seguir de una segunda petición de socorro a Alfonso, que yo retraso.

(2) Las fechas exactas de la guerra de Toledo las da la *Crónica Najerense*, escrita hacia 1160: "Sub era MCXVII (1079) ad partes Toletanas accedens, usque ad VI annos continuos unoquoque anno panem sarracenis auferens et ab obsidioni non recedens, cepit Tole-tum, era MCXXIII (1085)" (en el *Bulletin Hispanique*, XI, 278). El Tudense y los historiadores árabes hablan de siete años de cerco, porque cuentan el año inicial; así Ben Alathir (en *Locí de Abbad.*, II, pág. 36) y Nowairi (en Prieto Vives, *Los Reyes de Taifas*, pág. 55, nota 2).

a este partido mudéjar o tributario, opuesto al partido independiente, enemigo de toda transigencia con los hombres de otra fe. Estos tienen que ser “los dos bandos rivales” en que se dividieron los toledanos a raíz del asesinato de Ben Al-Hadidí, según nos dice Ben Bassam. El juego de estos dos partidos nos explicará todo lo que sigue.

A la vez que el emperador cristiano guerreaba en Toledo, hacía armas también contra el rey de Badajoz, Omar Motawákkil, y obtenía sobre él un éxito ruidoso con la toma de Coria (septiembre 1079) (1). Era ésta la primera conquista que hacían los cristianos en la cuenca del Tajo; la frontera multiseccular empezaba a ser rebasada, así que Motawákkil creyó urgente escribir a África al emperador almorávide para noticiarle la pérdida de aquella plaza y señalársela como funesto augurio de que los musulmanes serían pronto arrojados de la Península, si el almorávide no intervenía (2).

Y el partido toledano intransigente, quizá ilusionado ya con la esperanza de la ayuda almorávide, irreducible a cualquier pacto con el cristiano, seguía conspirando contra Alcádir. Y Alcádir escribía a su vez al otro poderoso, a Alfonso, para informarle de todos sus apuros y para pedir su auxilio militar. Pero el emperador leonés le respondió terminantemente: “Envíame los recursos por delante; de otro modo te abandonaré a tus enemigos.” Tal era la táctica del cristiano, dice el *Kitab*: intervenir en las discordias de los musulmanes para sacarles riquezas, y así dominaba toda la Península.

Alcádir ahora tropezaba con la dificultad de no poseer la cantidad exigida. Esto, sin embargo, le pareció de fácil arreglo, y reuniendo a sus gobernadores y magnates les dijo sencillamente: “Yo os juro que, si no me

---

(1) Fecha bien fijada por Dozy, *Recherches*, 1849, págs. 228-230.

(2) Alude a esta carta el mismo Motawákkil en su otra carta a Yúçuf después de la pérdida de Toledo (Dozy, *Recherches*, 1849, pág. 189).

aprontáis en seguida esa suma, tomaré como rehenes vuestras mujeres y vuestros hijos.” Ya sabían los toledanos de qué era capaz su rey; nadie osaba replicar ante aquella exigencia, cuando el caid Xaya Ben Labún se atrevió a devolver la amenaza: “En esas palabras que acabas de decir va envuelta tu perdición.” Y aquella asamblea se disolvió en medio del mayor revuelo. Los magnates decidieron que no quedaban ya obligados a la obediencia respecto del sultán, por lo cual empezaron a tratar secretamente con el rey de Badajoz (1), mientras algunos, que aún conservaban un último resto de fidelidad, amenazaban abiertamente a Alcádir, si no amparaba mejor a sus súbditos, con sumarse ellos también a los que buscaban otro rey (2).

Triunfo del partido intransigente.  
Fuga de Alcádir. Gobierno de Motawákkil.

Alcádir vió que su descarada arbitrariedad no le valía para obtener el dinero que costaba la protección de Alfonso; al verse privado de tal protección se llenó de miedo, y una noche, sin decir nada a nadie, huyó de su palacio por una puerta secreta, llevándose varios tesoros y acompañado sólo de algunos funcionarios de los que se sentían también comprometidos (3). La sultana y su hija tuvieron que seguirle a pie más de dos parasangas del camino hasta encontrar cabalgaduras (4). El fugitivo se encaminó a la parte oriental de Toledo, donde estaban el solar y las propiedades patrimoniales de sus abuelos; se dirigió primero a Huete, creyendo contar allí con adictos; pero el señor de la ciudad, Ben Uahb, se ne-

(1) *Kitab en Loci de Abbad.*, II, pág. 17.

(2) “Populi et patriae te exhibe protectorem, aut quaeremus alium defensorem.” Toledano, VI, 22.

(3) Así el *Kitab*, que se muestra más informado; pero Ben Aljatib, fol. 220 v., dice que huyó sin llevar más que su persona.

(4) Ben Bassam y Ben Aljatib.

gó a abrir las puertas (1), y Alcádir sólo encontró refugio en un castillo de nombre ignorado para Ben Bassam.

En la capital, cuando los jeques toledanos acudieron al palacio y lo hallaron vacío, entregado a la rapiña de los sirvientes, se reunieron a cambiar pareceres, y deliberaron varios días sin saber qué hacerse ni a qué nuevo rey de taifas entregarse (2); les detenía, sin duda, el recelo del nuevo señor que escogiesen y sobre todo el temor del emperador cristiano, que probablemente querría seguir protegiendo a Alcádir. Pero se encontraba entonces en Toledo un emisario del rey de Badajoz y él fué quien dió a los deliberantes la decisión para llamar a Motawákkil. Despacharon a éste, los magnates, una diputación; la propuesta fué bien acogida, y Motawákkil se apresuró a hacer su entrada en Toledo en junio de 1080 (3).

Entre tanto el huído Alcádir logró, no sin bastante trabajo, que le abriesen las puertas de Cuenca (la patria de sus fieles Beni Alfaray) y allí le volvió el alma al cuerpo. Entonces envió una apremiante petición de auxilio a Alfonso VI; en la carta recordaba la antigua alianza entre ambos y, para que el emperador olvidase aquello de “los recursos por delante”, invocaba la buena amistad que Mamún había dispensado al cristiano cuando su hermano Sancho le persiguió y le desterró (4).

El emperador no fué insensible a este recuerdo ni a la excelente ocasión que esa carta le deparaba, y acudió a visitar en persona a su protegido. Le prometió gue-

(1) *Kitab*.

(2) Ben Bassam y Ben Aljatib.

(3) Ben Aljatib da sólo el año 472, pero Ben Bassam dice: “a fines del año 472”, año que acaba el 21 de junio de 1080. La *Crónica de 1344* cuenta esto también en el año 1080; la *Primera Crónica*, 537 b 17, en sus arreglos cronológicos, lo llevó al año 1075 (!).

(4) Ben Bassam habla de la persecución de los dos hermanos Sancho y García; pero este último no persiguió a Alfonso. Ben Aljatib, que parece seguir siempre a Ben Bassam, dice también que Alfonso “fué desposeído del reino por sus dos hermanos”, sin nombrarlos.

rrrear a Toledo hasta expulsar a Motawákkil, pero esto bajo condición de que Toledo quedaría para el emperador, cuando éste pudiera poner a Alcádir en posesión de Valencia, rebelada hacía cinco años (1); además, Alcádir pagaría la guerra, aunque para ello tuviese que entregar todas las riquezas que en la ciudad le quedaban, y daría en rehenes los castillos de Zorita y de Canturia, uno al occidente y otro al oriente del reino toledano. Alcádir accedió a todo, y Alfonso, una vez apoderado de ambos castillos y después de fortificarlos y bastecerlos, emprendió el sitio de la capital (2), empezando por devastar las comarcas de alrededor.

Aquí nos cuenta la *Historia Roderici* una incursión de los moros en tierras de Gormaz, mientras Alfonso andaba en estas correrías, y cómo el Cid, que se había quedado enfermo en Castilla, acudió a vengar la invasión y entró por tierra de Toledo sacando de allí siete mil cautivos. Esta acción fué echada a mala parte por los cortesanos, como comprometedora de la seguridad de Alfonso y de los suyos que andaban por tierra de moros. Probablemente el Cid atacó no sólo tierras toledanas sometidas al rey de Badajoz, sino también alguna comarca fiel a Alcádir; lo cierto es que la acusación de los cortesanos fué bastante para que Alfonso desterrase al Campeador (año 1081).

Entre tanto Motawákkil, muy confiado en la forta-

---

(1) Ben Alcama, traducido en la *Prim. Crón. General*, 547 b 15, coloca este pacto como previo a la expulsión del rey de Badajoz; es la única indicación precisa y clara que tenemos. El *Kitab* nos habla de una carta de Alcádir a Alfonso en que le ofrece el trueque de Toledo por Valencia, pero la coloca a raíz de contar los ataques de los reyes de Zaragoza y de Sevilla y supone que inmediatamente Alfonso acude a visitar a Alcádir y se posesiona de la ciudad; hay en esto evidente supresión de sucesos, sobre todo de toda la segunda parte del cerco de Toledo, según diremos adelante.

(2) *Kitab al-iktifá* (en *Loci de Abbad.*, II, págs. 17-18) escribe los nombres de los castillos "Çoria" y "Canuria", olvidando en ambos una *t.* Canturias es una casa de labor en Belvis de la Jara, part. de Puente del Arzobispo.

leza de la ciudad, e incitado por la esplendidez de aquellos alcázares de Mamún, se ocupaba más en disponer fiestas suntuosas que en organizar la defensa. Llenando regaladamente su vientre en continuo hartazgo y embriaguez, sintió extinguirse su luz “como la lámpara que se apaga por exceso de aceite” (dice Ben Bassam), y percibiendo un día el gran peligro en que frente a Alfonso se hallaba, huyó él también de aquel peligroso palacio y tomó la vuelta de Badajoz.

Había permanecido en Toledo cerca de diez meses, lo cual quiere decir que su salida de allí ocurrió en abril de 1081.

*Alfonso repone a Alcádir en Toledo,*

Otra vez sin señor los toledanos, resurgió entre ellos la revuelta y el desorden, mientras los cristianos apretaron más el cerco y lo hicieron insoportable. En seguida se presentó ante la ciudad Alfonso llevando consigo a Alcádir, y el partido mudéjar les abrió las puertas de la ciudad (1). Esto fué en mayo del mismo año 1081 (2).

Venido el momento de pagar la protección, Alfonso fijó la suma, y Alcádir le presentó cuantas riquezas pudo recoger, pero el emperador no las aceptó por insuficientes. Exigió que el rey moro le mostrase todas las preciosidades que le quedaban heredadas de su abuelo Mamún y tampoco las estimó bastantes (Alcádir ocultaba mucho que se llevó después a Valencia): “Tienes que añadir todavía, le dijo, el castillo de Canales en rehenes”, y el pobre protegido no halló otro remedio que entregar aquella nueva prenda. El cristiano basteció la

---

(1) Ben Bassam y Ben Aljatib.

(2) Me fundo para esta fecha en una moneda de Alcádir acuñada en Toledo el año 473 (22 junio 1080-10 junio 1081), citada por Prieto Vives, *Los Reyes de Taifas*, pág. 55, nota 1, y pág. 219 para otra moneda análoga de 475 (1 junio 1082-20 mayo 1083). Dozy, *Hist. des Musulmans*, IV, 193, fijó la vuelta de Alcádir a Toledo en 1084; yo, en *La España del Cid*, pág. 329, la había anticipado ya algo, a 1083.

fortaleza entregada y luego se volvió a Castilla bien repleto de botín (1).

En esos castillos recibidos dejaba el emperador clavada su garra sobre el reino toledano. Se sentía ya dueño de él. La reentronización de Alcádir no era sino una solución transitoria; pronto él restauraría en Toledo la majestad del reino godo y ya trataba con el papa, como de suceso próximo, de restablecer en Toledo la dignidad archiepiscopal que faltaba entre las diócesis de España (2).

Y Alcádir, sin ver el abismo que tenía a sus pies, hacía alarde de la protección del Emperador, dando mucho que hablar al partido intransigente, pues eran notorias las condiciones vergonzosas que Alfonso había impuesto a Alcádir, favorables a los cristianos. Hubo rebeliones, alborotos y varias conspiraciones de muerte contra Alcádir; pero Dios conservó la vida del rey, dice Ben Bassam (3).

Los toledanos más descontentos huían al reino de Zaragoza, donde el rey Moctádir los recibía muy bien; y a instigación de ellos armó tropas, con las cuales invadió el reino de Alcádir por el Nordeste, mientras Motámid de Sevilla hacía entrar sus algaras por el Sur (4).

#### La mayor dificultad historiográfica.

Llegados a este punto en nuestra historia, tropezamos con dificultad capital. El *Kitab al-iktifá* cuenta inmediatamente después de ese ataque de los reyes de

(1) *Kitab al-iktifá*. En *Loci de Abbad.*, II, pág. 18.

(2) Epístola de Gregorio VII (Registro. Libro IX, epíst. 2.<sup>a</sup>; en Migne, *Patrol.*, CXLVIII, col. 604); debe ser del año 1081, que generalmente se le atribuye y que acepta Flórez, *España Sagrada*, XXV, pág. 143 a. El papa da al rey consejos para elegir un arzobispo; no dice de dónde, pero no puede ser sino de Toledo, ya que el otro arzobispado, el de Braga, no se restauró hasta el 28 dic. 1099.

(3) Ben Bassam y Ben Aljatib. También el *Kitab al-iktifá* habla de alborotos a raíz de la entrega de Canales.

(4) *Kitab al-iktifá* (en *Loci de Abbad.*, II, pág. 18).

Zaragoza y de Sevilla la cesión que de su reino hace Alcádir a Alfonso y la entrega pacífica de la ciudad. Este es el relato aceptado por Dozy, y según él, Prieto Vives, estableciendo una doble toma de Toledo (la primera vez por fuerza de armas cuando expulsó a Motawákkil, y la segunda por convenio en 1085), declara que sólo por confusión de ambos acontecimientos se pudo suponer un cerco de seis o de siete años (1).

Pero ¿cómo vamos a dudar de este cerco de siete años afirmado por el diploma en que el conquistador dota la iglesia toledana y afirmado igualmente por Ben Alathir, por Nowairí, por la *Historia Roderici*, por el Tudense y por tantos otros; este cerco de seis años continuos (sin contar el inicial) devastando cada uno las cosechas, que dice la *Crónica Najerense*? ¿Cómo vamos a admitir que la toma definitiva de Toledo fuese pacífica, si la *Crónica Silense*, escrita por quien trató a Alfonso VI, nos dice que éste se apoderó de la ciudad con violencia, “atrociter dimicando”?

En ese diploma de dotación de la iglesia toledana, otorgado el 18 de diciembre de 1085, se resumen muy precisamente las fuerzas puestas en juego para la conquista y se expresa la continuidad de los actos bélicos: “Dirigí mi ejército contra Toledo yo Alfonso emperador... poniéndome a grave peligro, ora en grandes y frecuentes combates, ora en ocultos engaños de emboscadas, ora en descubiertas incursiones de devastación, y en el transcurso de siete años abaté con la espada, con el hambre, con el cautiverio, no sólo a los habitantes de esta ciudad sino a los de todo su término; y ellos provocaron sobre sí la ira de Dios con pública perturbación, hasta que oprimidos por el temor y el desconcierto de ánimo, ellos mismos me abrieron las puertas de la ciudad (2).” Evidentemente el Kitab al-iktifá omi-

---

(1) *Reyes de Taifas*, pág. 55.

(2) “Ego Adefonsus imperator... amore christiane religionis dubio me periculo submittens, nunc magnis et frequentibus preliis,

tió en su relato la segunda parte del cerco; Ben Bassam y Ben Aljatib nos revelan confusamente algo de ella, contando nueva agresión de Alfonso a Toledo sin decirnos sus causas. Estas causas creo que las hallamos en el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, aunque expuestas también con imprecisión, y el texto de este prelado, a primera vista incomprensible, y como tal desechado por los historiadores modernos, nos viene a dar la conveniente continuación del relato del *Kitab*. Tenía el Arzobispo, sin duda, a la vista, entre los varios textos árabes que manejó, uno hoy desconocido, que contaba un mensaje secreto de los ciudadanos toledanos a Alfonso, y lo interpretó mal, suponiendo que fueron los enemigos de Alcádir los que trataron en secreto, lo cual hace esta narración inconciliable con todas las otras; pero atribuyendo nosotros el mensaje a los amigos del rey moro, todo resulta claro. Si ese texto árabe que traducía el Arzobispo estaba en prosa rimada tan oscura como la de Ben Bassam, la equivocación cometida sería bien disculpable. En fin, rectificando ese error, del modo que me parece evidente, paso a incorporar a mi relato el texto del Arzobispo.

**El partido mudéjar pacta en secreto con Alfonso.**

Hallándose los toledanos apremiados por la rebelión interior y acosados por sus vecinos los reyes de Zaragoza y de Sevilla (1), no encontraban salida alguna a

---

nunc occultis insidiarum circumventionibus, nunc uero apertis incursionum devastationibus, septem annorum revolutione gladio et fame simul et captivitate non solum huius civitatis sed et tocius huius patrie habitatores afflixi. Quippe ipsi indurati ad sui desiderii maliciam, iram domini sub se publica infestatione prouocaverunt. Idcirco timor Domini et mentis valitudo irruit super eos. Quibus rebus coactis ipsimet ianuas urbis mihi patefecerunt." Archivo Hist. Nac. Becerro, Catedral Toledo, tomo II, fol. 9.

(1) Así hay que rectificar o interpretar el texto del Arzobispo "ipsi (toletani) pressi dominio et cladibus vicinorum Regi Aldefonso nuncios destinarunt".

su situación y, sin embargo, los intransigentes, como todos los que extremeaban ideas nacionalistas, monopolizaban el honor patrio y tenían achicados y silenciosos a los del partido mudéjar. Estos sólo podían obrar ocultamente, y así, buscando la única solución a los males que todo el reino padecía, enviaron un mensaje secreto a Alfonso para decirle que estaban resueltos a dejarle dueño de Toledo (como Alcádir había ofrecido), pero que no podían hacerlo sino después de una resistencia honrosa que convenciese de su impotencia al partido intransigente y que legitimase ante todo el islam la entrega de una ciudad que por las condiciones de su posición natural bien podía llamarse inexpugnable; le rogaban, en consecuencia, que procediese al cerco riguroso de la ciudad (1). Alcádir, por su parte, escribía también a Alfonso renovando su deseo de trocar Toledo por Valencia (2).

Alfonso acogió satisfecho estas proposiciones y se apresuró a reunir las huestes de todas partes de sus reinos; y con ellas entró en el territorio de Toledo, destruyendo las cosechas y las vendimias y haciendo toda clase de daños (estío?, 1081). Estas devastaciones se prolongarán todavía cuatro años más (3) sobre los dos ya pasados desde 1079.

Nada menos que esos cuatro años de asedio exigían el honor militar de una fortaleza tan extraordinaria como Toledo y el poder que dentro de la ciudad tenían los partidarios de la resistencia a todo trance. Este carácter tan extraño de la segunda parte del cerco, este chocante convenio secreto de rendición que ha de ir precedida de una resistencia honorable, nos resulta hoy inconcebible. Pero pactos como ese que nos revela el arzobispo Jiménez de Rada, responden a la ideología de los

---

(1) Roderic. Tolet., *De rebus Hispaniae*, VI, 22.

(2) *Kitab* de que hablamos arriba, pág. 522, nota 1.

(3) Roderic. Tolet., VI, 22, "per quatuor annos". En mi *España del Cid*, pág. 292, nota 3, no aprecié bien el texto del Toledano por no tener el auxilio de Ben Bassam.

partidos mudéjares de España: aceptaban éstos la sumisión a los cristianos como cosa irremediable; pero necesitaban salvar su honor ante el mundo islámico. Igualmente el alcaide de Yuballa en 1092 se decía que había tratado con el Cid en secreto la rendición, pero tardó ocho meses en efectuarla para que no dijese los moros que lo hacía sin gran resistencia; y mucho después, en el siglo XIII, el defensor de Bairén dijo a Jaime el Conquistador que no podía rendir inmediatamente tan buen castillo como era el suyo, pues sería muy mal mirado, y obtuvo un plazo de siete meses para entregarlo.

Continúan las expediciones de  
Alfonso en Toledo.

Tenemos bien comprobado que cada año repetía Alfonso sus expediciones para agotar los recursos de la ciudad y de su reino. Una de esas incursiones en que incendiaba las riberas del Guadiana, es referida por Al-Makkari (1). De otra nos habla Ben Bassam, en que el emperador se hallaba cerca de Toledo. Era el día de la Fiesta del Sacrificio (2) (el 2 de mayo de 1082) y un grupo de los toledanos enemigos de Alcádir, muy creídos de poder tratar ellos directamente con el cristiano alguna forma de paz, se trasladaron al campo del emperador y le expusieron los malos tratos que de Alcádir recibían. Pero Alfonso no sólo no acogió sus quejas, sino que acabó por hacerlos arrojar de allí a pedradas. Ellos, “desesperanzados así de la tierra de Castilla”, como dice Ben Bassam, no sabían ya qué otro partido tomar, y más cuando entonces murió el caudillo del partido intransigente, un notable jurista llamado Ben Mu-

---

(1) Véase *España del Cid*, pág. 292.

(2) El día del *nahr* de 474, dice Ben Bassam, que es el 1 de Dulhiyya. Ben Bassam cuenta esto inmediatamente después de decir que hubo conspiraciones contra la vida de Alcádir y que Dios salvó al rey (arriba, pág. 524).

gueit (1). Varios de ellos se hicieron fuertes en la ciudad de Madrid, donde Alcádir los hizo sitiarse, mientras confiscaba sus bienes en Toledo y crucificaba a cuantos podía haber a las manos (2).

Pero Toledo no absorbía totalmente la atención del emperador, a quien el pacto secreto impedía apresurar su acción contra la ciudad codiciada. En este mismo año 1082 Alfonso en persona combatió victoriosamente a Sevilla, devastando todo su reino, y en diciembre hacía otra incursión (ésta, desdichada) para apoderarse del castillo zaragozano de Rueda, de donde se retiró muy perdidoso el 6 de enero de 1083 (3). De la guerra de Toledo no sabemos cosas tan precisas como éstas. Ben Bassam continúa sus noticias diciéndonos que Alcádir, metido dentro de la ciudad, seguía estrujando a sus súbditos para pagar sumas a Alfonso y que éste talaba los alrededores, hacía cautivos, mataba, incendiaba y vedaba la entrada y la salida a los vecinos. Y se refiere como caso maravilloso que el trigo que antes solía conservarse hasta cincuenta años en los silos sin alterarse, ahora, durante la guerra, apenas se levantaba de la era se corrompía y quedaba imposible para hacer harina. Así que el hambre era grande y cuantos podían huír, emigraban.

#### Los últimos meses del sitio.

El emperador, por fin, resolvió acabar con la resistencia, asentándose sobre la ciudad misma. Y en lo más oscuro de una noche (debió de ser en el otoño de 1084), con una pequeña tropa de caballeros irrumpió en los jardines de Mamún, en la Huerta del Rey (4), que se

(1) "El que los había fascinado y seducido por los caminos de la rebelión", dice Ben Bassam.

(2) Ben Bassam.

(3) *La España del Cid*, págs. 325 y 317.

(4) La "Almunya Almansura", dice Ben Bassam. Con esta ocupación, Alfonso ya se podía decir dueño efectivo de Toledo extra-

extiende a las puertas mismas de Toledo, el río Tajo por medio, y allí se aposentó definitivamente.

Pero el invierno vino muy malo, que puso intransitables los caminos del Norte. Dos meses estuvo el emperador sin recibir provisiones de allá. Pero al fin, salvó esta difícil situación gracias al auxilio de los otros reyes de taifas, que le enviaron todos los víveres que necesitó. Esto lo pudieron comprobar los sitiados en ocasión bien amarga.

Aunque el vecindario estaba, por la estrechez del cerco, reducido a extremos insufribles de hambre y de agotamiento, intentó todavía el partido intransigente buscar la salvación pidiendo socorro a los reyes de taifas amigos, y un grupo de magnates toledanos bajó al campo del emperador a solicitar paso para los mensajeros que pensaban enviar en diversas direcciones. Era costumbre de la guerra antigua, desde los tiempos bíblicos, que el sitiador concediese a los sitiados una tregua para pedir auxilio a los aliados o amigos (1), y los toledanos quisieron intentar este último recurso. Los magnates de la ciudad llegaron, pues, con esta suprema ilusión a la Huerta del Rey, donde el portero de la corte les dijo secamente: “El emperador está durmiendo. ¿Cómo vamos a despertarlo?” Ellos entonces se dirigieron a la tienda de un renegado sevillano que hacía veinte años vivía refugiado entre los cristianos después de haber mediado en tratos de Fernando I con el rey Motámid de Sevilla; ése se interesó por ellos y logró introducirlos en la estancia del emperador.

Alfonso, restregando el sueño de sus ojos, compo-

---

muros, y acaso por esto le llaman rey de Toledo varios documentos del año 1084 redactados tanto en León como en Aragón: “regnante rege Adefonso in Toletto et in Legione”, 28 ag. y 24 dic. 1084 (*Indice de los documentos de Sahagún*, 1874, núms. 1180 y 1183).— “rex Adefonsus in Toletto”, donación del infante Pedro a Jimeno Garcés en 1084 (Archivo de Roda, pergamino, núm. 84), etc.

(1) Véase mi *España del Cid*, págs. 478, 512, 578; y *Cantar de Mio Cid*, pág. 798.

niendo con los dedos sus revueltos cabellos, avanzó, la cabeza erguida y el orgullo en el alma: “¿Hasta cuándo me vais a engañar? ¿Qué queréis aquí?” —fué su saludo—. “Pues queríamos, respondieron ellos humildemente, pedir auxilio a tal y tal de los reyes de taifas. Nos queda esta esperanza última.” Y Alfonso, sin nada replicarles, hirió nerviosamente el suelo con el pie, dió unas palmadas, y al que se presentó le dijo: “Que vengan los embajadores de Ben Abbed de Sevilla.” Los embajadores vinieron; arrastraban sus rozagantes ropas de gala; en sus bocas traían frases de gran rendimiento: “oído y obedecido”, con todas las demás zalamerías que podían. El emperador no les dirigió sino palabras altaneras, y cuando los embajadores le presentaron multitud de tesoros preciosos, él, apartando con el pie todo aquello que le habían puesto delante, mandó a sus servidores retirarlo de allí. Después fué llamando a otros embajadores de los reyes de taifas, y a todos trató con igual desdén y de todos recogieron los sirvientes del cristiano dones en abundancia.

Los cuitados magnates toledanos se hartaron de admirar a qué grado de envilecimiento habían llegado todos los reyes de taifas, y con el más amargo desengaño salieron de la presencia del emperador para volverse a Toledo.

Allí se escondieron, solitarios, avergonzados, durante tres días, al cabo de los cuales la ciudad se entregó al sitiador (1).

#### Rendición de la ciudad.

Toledo se rindió el 6 de mayo de 1085, fecha dada por varios autores árabes (2), y los pactos de la rendición fueron éstos:

---

(1) Ben Bassam y Ben Aljatib. No dan la fecha de la rendición.

(2) El 10 moharrem 478, fecha propugnada por E. Lévi-Provençal (en *Hesperis*, 1931, pág. 16, nota), que yo creo hay que conciliar con la que dan las fuentes cristianas, según hago adelante.

Los moros toledanos quedarían a salvo en sus personas y bienes, así como en las de sus mujeres e hijos. Los que quisiesen podían abandonar el país sin obstáculo; y si regresaban, podrían volver a ocupar sus propiedades (1). Los moros que quedasen pagarían los tributos que por derecho antiguo pagaban a sus reyes moros; conservarían por siempre su mezquita mayor, pero entregarían a Alfonso las fortalezas, el Alcázar Real y la Huerta del Rey, al otro lado del Puente de Alcántara (2), en la cual a la sazón estaba asentado el sitiador.

Alcádir, por su parte, tenía la promesa del emperador de ponerle en posesión de Valencia, y aun se dijo que le había prometido ayudarle a ganar Denia y Santa María de Albarracín, pues bien sabía que suyas serían estas tierras teniéndolas Alcádir y que los moros no podrían resistir por el estado de discordia en que estaban (3).

Establecidos estos pactos, el emperador, después de dejar pasar dos semanas, acaso para que Alcádir desalojase el Alcázar, hizo su entrada solemne en Toledo el día de San Urbano, el 25 de mayo, fecha indudable establecida por varios cronicones con toda individuación de ser ese día de San Urbano un domingo (4).

En cumplimiento de lo pactado, Alfonso tomó posesión del Alcázar, mientras Alcádir salió de la mansión abolenga y bajó a hospedarse en el campamento de Alfonso para de allí buscar donde establecerse. El pobre rey destronado tenía en las manos un astrolabio, en el cual consultaba con estúpida ansiedad en qué momento preciso emprendería el viaje y qué camino había de escoger; los cristianos le rodeaban burlones y los mu-

(1) *Kitab al-iktifá* (en *Loci de Abbád.*, II, pág. 18).

(2) Rodericus Toletanus, IV, 22. Respecto al tributo, el *Kitab al-iktifá* dice que sería sólo la capitación con arreglo al número de los de familia.

(3) Ben Alcama en la *Primera Crónica General*, 548 a 22.

(4) *Cronicón Lusitano y Anales Toledanos* (en *España Sagrada*, XIV, 405 y XXIII, 385).

sulmanes se dolían de ver tanta necedad en el nieto de Mamún (1). Al fin Alcádir se dirigió a Santaver, heredad de su familia, para explorar desde allí si los de Valencia estaban dispuestos a recibirle (2). Los valencianos le recibieron, y gracias al apoyo de Alvar Háfnez y del Cid gobernó allí siete años, hasta que los hijos de Ben Al-Hadidí le dieron muerte violenta.

#### Fin de la prosperidad de Alfonso VI.

Los sucesos de la toma de Toledo nos muestran con toda viveza el poder del imperio español y la debilidad del islam andaluz en esos años.

El imperio lograba su ambición máxima al apoderarse de la antigua capital del reino goda, del reino de la España entera y unida. Alfonso podía titularse grandiosamente "Toletani imperii rex et magnificus triumphator". La cristiandad toda, el papado, se regocijaban, después de haber esperado con ansia el acontecimiento desde algunos años antes de ocurrir.

En cuanto a la España musulmana, aquellos moros, de raza tan española como los cristianos del Norte, habían desarrollado brillantemente en sus cortes de taifas una cultura musulmana propia, de que España puede estar bien orgullosa, pero su vigor político no estaba al nivel de esa cultura. Se sentían demasiado débiles y a la vez demasiado hermanos de los cristianos del Norte para rechazar la sumisión a Alfonso cuando éste quiso hacer efectivo su carácter imperial: un gran partido veía en esa sumisión la garantía contra las revueltas interiores que desorganizaban los pequeños reinos de taifas.

Sin embargo, los del partido intransigente, hostil al imperio cristiano, no podían llevar con paciencia la su-

---

(1) Ben Bassam.

(2) Ben Alcama en la *Primera Crónica General*, 548 a 35. La *Crónica* dice Santa María, con igual errata en el texto árabe que señalamos en el *Kitab*, arriba, pág. 517, nota 5.

misión, y menos la entrega del territorio, y entre ellos la consternación por la pérdida de Toledo fué indecible. Les parecía que el islam sería expulsado en breve de la Península y el poeta Ben Al-Gassel cantaba la emigración: "Poneos en camino, oh andaluces, pues quedarse aquí es una locura." Menos desesperanzado el rey de Badajoz, tomaba la resolución de dirigirse al emperador almorávide, Yúçuf, al cual envió un faquí de extraordinaria elocuencia provisto de una epístola en la que, con angustiadas razones, le pedía auxilio para el islam español, ya que un apocado cobarde había dejado caer la más soberbia fortaleza de España en manos del tirano idólatra (1).

Este rey de Badajoz (¡que también había abandonado a Toledo por miedo a Alfonso!) y el rey de Sevilla, ambos tan enemigos de Alcádir, fueron los principales causantes de que Yúçuf pasase el Estrecho y, al año siguiente de la toma de Toledo, derrotase en Sagrajas a Alfonso, poniendo fin al imperio español en el Andaluz, y devolviendo a los moros españoles sentimientos de islamidad y de nacionalismo.

#### Conclusión.

Así la conquista de Toledo nos presenta a Alfonso en la cumbre donde se dividen las dos grandes vertientes de la próspera y la adversa fortuna, y su perfil, ahí en lo alto, se destaca iluminado por las encontradas luces de las historias antiguas.

Las dos viñetas inéditas que aquí aduzco de Ben Basam, en las que aparece Alfonso tratando a pedradas y a puntapiés a los moros humillados, se corresponden con otras semejantes, ya conocidas, que nos refieren otros escritores árabes. Todos ellos le presentan también insaciable y abusivo en exprimir las riquezas de los reyes de taifas, quebrantador de su palabra, descorazo-

---

(1) Texto de la carta en Dozy, *Recherches*, 1849, págs. 188-193.

nado frente a los ejércitos almorávides tanto como orgulloso e insultante frente a los débiles andaluces; ésta es la verdad oficial musulmana.

Los historiadores latinos, intérpretes a su vez de la verdad oficial cristiana, le elogian como justiciero con pequeños y grandes, fiel a sus pactos, despreciador de las delicias y amador de los peligros guerreros, temido del Africano, grande en todo.

Y aparte de estos dos criterios oficiales y extremos, se coloca en otro más ecuánime la *Historia Roderici* que, admirando a Alfonso como conquistador de Toledo, venerándole siempre como soberano, le achaca el defecto político de dejarse llevar por delatores o por cortesanos envidiosos, de repugnar él y mirar con malos ojos los éxitos de su vasallo, con el cual se muestra injusto.

Nuestros historiadores modernos se atienen, sin más calentarse la cabeza, al criterio oficial castellano, desentendiéndose de los otros dos, o formulan elogios redondos, huecos y sin asiento. Pero si buscamos cimientos y líneas aplomadas para un juicio, podemos sintetizar, dividiendo el reinado de Alfonso en tres períodos, sobre las cuales pienso insistir en un trabajo especial:

1.º, 1065-1072. Seis años de actividad insignificante, al fin de los cuales Alfonso, vencido varias veces por su hermano Sancho y por el Cid, pierde el trono. Se desprende de la misma historia oficial de Pelayo Ovetense que Alfonso, en perjuicio de su hermano, no cumplió las condiciones establecidas antes de la batalla de Llantada. Después hay que tener presente la acusación de un monje de Silos, según el cual fué Alfonso, por envidia hacia su hermano mayor Sancho, el causante de las guerras fratricidas que le costaron el trono, y fué después cómplice en el asesinato de ese hermano. Aunque dejemos esta acusación última en duda, por lo gravísima, es cierto que en cuanto murió Sancho, prendió Alfonso pérfidamente a su otro hermano García, y que lo tuvo en prisiones diez y siete años, hasta que

murió, asegurándose así el dominio pacífico de los reinos repartidos por su padre entre los tres hermanos. Se dibuja con claridad la personalidad vigorosa del hombre que procura arrollar a cuantos se le ponen por delante. Esta enérgica individualidad brillará libremente en el período segundo.

2.º, 1072-1086. Catorce años de gloria imperial. Recobrado su trono, eliminados Sancho y García, despliega Alfonso una política benéfica en asegurar la prosperidad de sus reinos y en sacar a España de su aislamiento respecto al resto de Europa; a la vez desarrolla sobre los reinos de taifas una acción guerrera, admirable por lo incesante, lo vasta y lo afortunada, que mereció ser coronada con el éxito de Toledo. Ahora, que esa política de comunicación con Europa no la inició él, sino que le venía de su abuelo en Navarra y de su padre en Castilla; la practicaban entonces los otros príncipes de Aragón y de la Marca y la practicó también el Cid en Valencia. Alfonso la siguió con energía, pero un tanto a ciegas; así que en la supresión del rito mozárabe (paso necesario, sin duda) no supo contener en sus justos límites la acción de Gregorio VII, cuando consintió al papa denigrar injustamente el rito español y sepultarlo sin las honras debidas al sentimiento nacional. De otra parte, la actividad guerrera de avasallamiento y explotación tributaria de los reyes de taifas tampoco fué iniciativa suya, sino continuación de las campañas de su padre Fernando I y de su hermano Sancho II en compañía del Cid, y la misma actividad mantenían igualmente, aunque con menos recursos, el rey de Aragón, el conde de Barcelona y el Cid desterrado. Alfonso se mostró en ella diligentísimo, pero rutinario; no vió más que lo que su padre había visto. Pisó triunfante con las patas de su caballo las aguas del Estrecho y no se le ocurrió pensar en Africa. Totalmente desconocedor de los rumbos del islam en el mundo, desencadenó con su orgullo la desesperación de los taifas y cuando se le entró por Algeciras el

problema africano, que no existía para Fernando I, él no acertó a idear las soluciones que la novedad del caso requería.

3.º, 1086-1109. Veintitrés años de fracaso frente a los almorávides, veintitrés años silenciados por los cronistas oficiales. Más años que las otras dos épocas reunidas, comprueban largamente que Alfonso no era capaz de sobreponerse a las nuevas condiciones en que se planteaba para el porvenir la lucha del islam con la cristiandad. El Cid, sí, reaccionó inmediatamente. Alfonso, derrota tras derrota, en Sagrajas, en Jaén, en Consuegra, en Uclés, perdió el reino toledano al Sur del Tajo. Verdad que el enemigo era también invencible para Alvar Háñez, para los yernos borgoñones del rey y demás capitanes cristianos. Sólo el Cid halló las nuevas modalidades de guerra y de política precisas para hacer más conquistas en Valencia, en Almenar, en Murviedro, y para retenerlas, conteniendo el avance almorávide, y sus nuevas normas de gobierno, que aplicó a los moros vencidos, fueron en lo futuro copiadas por Alfonso I de Aragón y por Ramón Berenguer de Barcelona.

Esta tripartición de los sucesos del largo reinado de Alfonso es muy expresiva. La fulgurante gloria del rey como conquistador de Madrid y de Toledo llena así el cuadro central del tríptico, a cuyos lados se alzan las dos figuras superiores de Sancho II y del Cid; la eliminación de ambas por el asesinato o el destierro fué condición esencial o circunstancial para aquella gloria. De ahí que la envidia del rey a estos dos personajes, denunciada insistentemente por el monje de Silos, por la *Historia Roderici* y por el *Carmen Campidoctoris*, no es, en el balance de las cualidades de Alfonso, una cantidad prescindible, sino algo fundamental.

No es ciertamente que Alfonso VI pueda ser mirado como un envidioso, sin más. Fué hombre descollante y energético; pero no asentaba su fuerte personalidad sobre el razonable egoísmo, el necesario para preservar y

estimular la propia actividad altruísta, sino que padecía una deforme hinchazón del yo, una fuerte *egoitis*. Fué por ello gobernante invidente, que se melancolizaba con la excelsitud ajena, con la iniciativa y el éxito de los ilustres. Muy acertado estuvo el viejo poeta, que aun ensalzando siempre a Alfonso en su gloria imperial, extendida sobre toda España, le define como mal señor que repele a su mejor vasallo. La tumefacción del yo, como toda gordura, perjudica a los latidos del corazón, y Alfonso careció de afectividad no sólo para admirar a Sancho II y al Cid, pero ni aun para detenerse ante el atentado contra su hermano García. Pasaba sin reparo de la in-equidad a la iniquidad.

Con su patológica *egoitis*, Alfonso avanzó desembarazadamente por el terreno llano de los reinos de taifas. Pero cuando el camino se remontó por asperezas almorávides, aquella vanidosa obesidad le cortó el aliento.

En conclusión, Alfonso VI fué un continuador excelente del pensamiento de sus antepasados, y como tal llega a la conquista de Toledo. Después languideció, desde sus cuarenta y siete a sus setenta años, ciego para los rumbos del porvenir. Su orgullo agresor ocasionó la restauración islámica almorávide; su invidencia le privó del único que había sabido hallar los caminos antialmorávides.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.